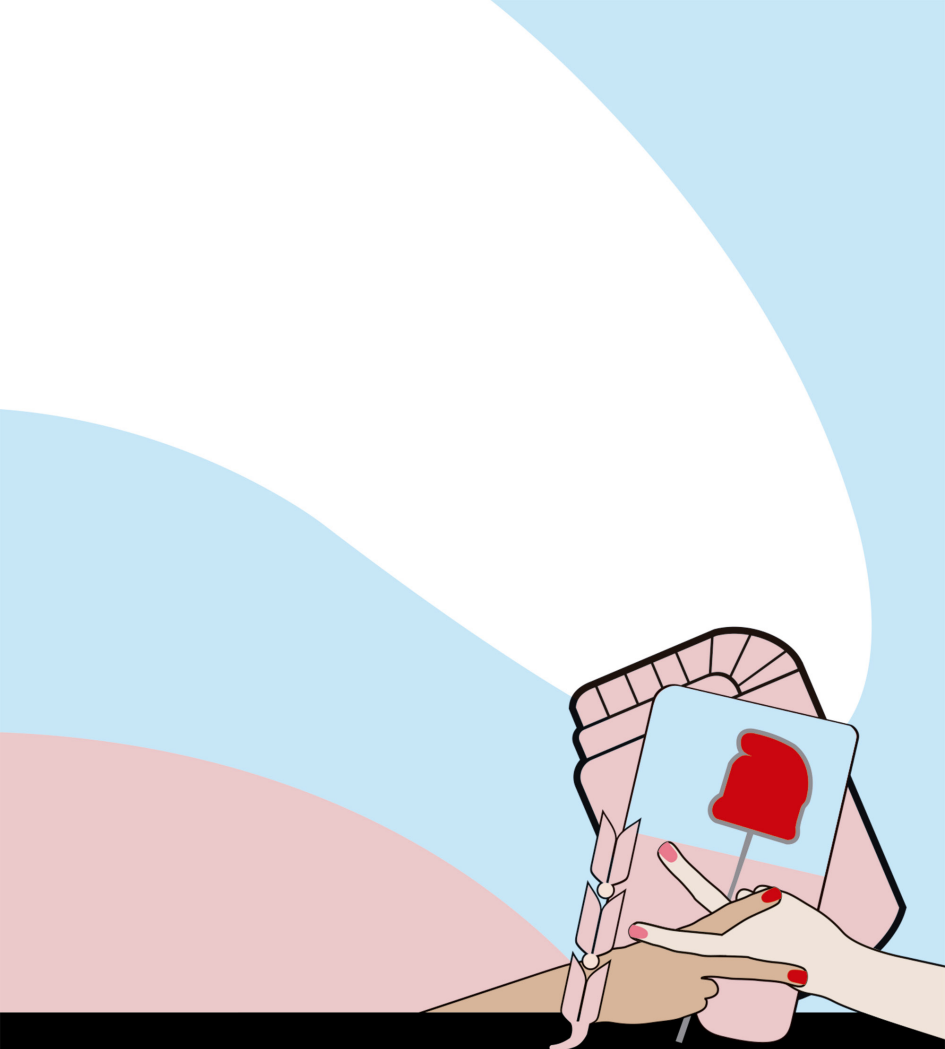




GUILLERMO SACCOMANNO
La lengua del malón



BIBLIOTECA
SACCOMANNO



Guillermo Saccomanno

La lengua del malón



1 / LOS PAPELES DE GÓMEZ

El profesor Gómez se pasea refunfuñando por este ambiente vasto y neblinoso que en otra época fue salón pero ahora, atestado de libros y papeles, es tan biblioteca como las demás habitaciones de este departamento antiguo. Cada habitación cumple más esa función que cualquier otra. Las paredes del departamento, incluyendo la cocina, el baño, un pequeño vestidor y el cuarto de servicio, están cubiertas de estantes, y en ellos desbordan los libros, biblioratos, carpetas, cuadernos, revistas, fascículos, diarios, folletos, volantes, apuntes, cajas de cartón, papeles y más papeles, hasta el techo. En el piso, en los rincones, encima de armarios, mesas, sillas y sillones, los papeles se elevan en pilas torcidas, columnas a punto de derrumbarse. Más que una vivienda o un estudio, este departamento parece una gigantesca librería de viejo, un archivo en el que pueden encontrarse, entre telarañas y polvo, desde incunables hasta manuscritos comprometedores del siglo pasado. Cuando al profesor se le sugiere esta idea, se detiene y, volviéndose, sonríe con una inquina zorra. Sonríe y carraspea un je.

Los papeles de Gómez, comenta.

A esta hora del atardecer, la hora del regreso, cuatro pisos más abajo, la avenida Rivadavia, a la altura de Pasco, es un mar de motores y, cada tanto, una sirena.

El eco nervioso del exterior acentúa el carácter vetusto y callado de este departamento.

Guardo todo, dice el profesor. Yo guardo todo. Acá hay desde versos que se consideran licencias de juventud, rimas pergeñadas por algún pensador ilustre en una servilleta para ganarse el favor de una bataclana, hasta proclamas revolucionarias traicionadas después en los hechos.

Más que una biblioteca, este lugar es un arsenal, se sonríe. De haberme dedicado al chantaje, hoy sería millonario, dice el profesor. Pero no fue esa mi intención. Tampoco mero coleccionismo, hábito onanista. Lo mío, en todo caso, es pasión por la verdad histórica. La memoria de una patria clandestina, sumergida. Me gusta pensar mis papeles como sábanas que algún día habrán de exhibirse en un balcón, como se acostumbraba antes, después de la noche de bodas: mostrarle al vecindario la sábana manchada de sangre virgen. Todas las páginas de nuestro pasado, sábanas ensangrentadas. Una metáfora: la patria es la novia entregada, desvirgada en una violación.

En los estantes cargados de libros, biblioratos, carpetas, cuadernos, revistas, fascículos, diarios, folletos, volantes, apuntes, cajas de cartón, papeles y más papeles hay también algunas fotos. Un banquete de egresados del profesorado, un mitin político del primer peronismo, una carpa en un balneario sindical de la costa atlántica, jóvenes junto a una chata en un campo. En casi todas esas fotos el joven Gómez es un muchacho criollo, macizo, una de esas miradas indias que no trasuntan nada de lo que les pasa por dentro. Incluso en las fotos en que el joven Gómez tiene anteojos de sol puede imaginarse que detrás de los cristales oscuros acecha esa mirada. Todas las fotos son anteriores a 1955.

El profesor, ahora, septuagenario, borra la sonrisa. Y explica:

Todo se me murió entonces. Y decidí no atesorar más imágenes. Los indios tienen razón cuando temen que una cámara les robe el alma. Mi alma quedó prisionera en esas fotos. Después del 55, no más alma. Después del 55 lo que quedó de mí fue un reflejo del alma que tuve, un parpadeo leve.

El bombardeo, dice. Hay que haber estado en esa plaza. Si se camina por ahí, todavía pueden verse en las paredes del Ministerio de Economía las marcas de los proyectiles.

Yo tenía veintiséis años, se acuerda.

El profesor intenta una descripción del bombardeo. El rugir de los aviones, los gloster meteor en picada, el silbido de los proyectiles, la explosión de una bomba, los nubarrones oscuros, los gritos, las corridas, el tableteo de las ametralladoras desde la Casa Rosada, las corridas, un auto con el motor incendiado, un colectivo humeando, hombres, mujeres y chicos a la atropellada, chocándose, y a pesar de la marea de sonidos y voces, no obstante, se acuerda el profesor, el silencio. Una explosión me volteó. Aturdido todavía por la onda expansiva, el profesor se acuerda de haberse arrastrado. Estaba ahí, incorporándome como podía, hipnotizado por la visión de una piernita de nene, sola, desprendida del cuerpo. El profesor miró alrededor buscando.

Antes que el espanto, me sobrevino un instinto práctico. Estuve a punto de agarrar la piernita y ver a quién se le había salido. El profesor parece estar viendo todavía esa media blanca sucia de polvo rojizo, ese zapato, un gomicuer, de esos colegiales, que se usaban antes. El diminutivo, admite, le concede un patetismo a la piernita.

Estaba observando la piernita cuando un empujón me volvió a la realidad. Supo después, un instante después, lo que cuenta ahora: cuando pudo pararse entre los nubarrones negros de combustible, entendió que lo había derribado el fragor de una bomba. Algunos hombres corrían socorriendo a las víctimas, pero la masacre volvía ridículo este esfuerzo. Había hombres y también mujeres que caminaban errantes, desgarrados y maltrechos, sonámbulos envueltos en la humareda. El profesor se acuerda de un hombre joven, chamuscado, con el traje hecho trizas, los pantalones colgándole destrozados, la cara quemada. El desgraciado se tambaleaba balbuceando. Mamá, mamita, repetía.

También yo empecé a deambular trastabillando entre los disparos, las bombas, los escombros, los cadáveres y los heridos. Un grupo de muchachos se había juntado bajo una arcada del Cabildo. La vida por Perón, gritaban. Los aviones seguían sobrevolando la plaza, arrojando bombas. Desde la Casa Rosada una batería disparaba todavía una ametralladora contra el cielo. Pero el cielo no se veía.

La ciudad se ha ido apagando en las ventanas. La penumbra instalada alrededor del profesor hace más lejano aún el rumor del tráfico subiendo desde la avenida. El silencio se ha vuelto más silencio y en la quietud puede oírse tanto el susurro de la carpeta celeste que acaricia el profesor como el sonido de su garganta en un carraspeo. La respiración del profesor es la respiración de los estantes agobiados por el peso de tanto papel.

Los papeles de Gómez, repite el profesor.

Con un gesto cansado abarca la biblioteca:

De qué nos hablan estos estantes, tanto escrito, pregunta y se pregunta el profesor. No de otra cosa que del dolor. A veces pienso que todo lo que guardo no son novelas, cuentos, biografías, ensayos, tratados, manuales, diccionarios, enciclopedias. Lo que guardo es dolor. Tipas y tipos que pensaron, confiados, que se podía vencer la indiferencia del mundo, aplacar la miseria de la existencia, postergar un rato la muerte en una ilusión libresca. Mensajes encerrados en botellas.

El profesor se deja caer en un sillón:

La masacre. Caminaba unos pasos y me tropezaba con cadáveres o mutilados. Pude haberme tirado cuerpo a tierra o correr hacia las recovas, buscar alguna protección. Pero no. Todo transcurría como en un sueño. Una niebla densa y caliente me envolvió. Otra explosión. De nuevo el tableteo de la metralla. De la fachada de un edificio brotaban surtidores de revoque. Entonces pensé en los libros. De qué me servía la literatura. Tenía algo en la mano. Tardé en darme cuenta. Esa piernita de nene.

Hasta Floresta se podía ir en colectivo o en tranvía, se acuerda el profesor Gómez, pero a Lía le gustaba caminar desde el diario, en el centro, hasta Plaza Miserere y de ahí viajar en tren hasta su departamento. Esa época en que el profesor la conoció, era el segundo gobierno peronista, después de la muerte de Evita. Por entonces, Lía había comenzado a liberarse de su pasado. Aún no había cumplido los treinta, pero ya tenía toda una historia personal que la diferenciaba de otras mujeres de su edad. Lía era, como se decía entonces, una mujer de avanzada.

Había abandonado Moisesville, su pueblito, para venirse a trabajar a la Capital de secretaria en una escribanía. Al principio vivió en pensiones, resistió el hambre alimentándose de café con leche, pan y manteca. Vestía sencillamente. Con humildad y discreción, se las rebuscaba para combinar un trajecito sastre con dos polleras. Combinando ingeniosamente unas pocas prendas, siempre parecía pertenecer a una clase social superior. Aún trabajaba en la escribanía cuando acercó sus primeras colaboraciones al diario de los Gainza, donde llegaron a publicarle algunas notas de color sobre el ambiente teatral y cinematográfico. Más tarde, la tomaron en el diario y Lía renunció a la escribanía, alquiló ese departamento en Floresta, cerca del ferrocarril del oeste. Cuando Perón entregó el diario de los Gainza a la CGT, Lía pasó a trabajar en el de los Mitre.

Si al referirme a esos diarios, en lugar de llamarlos *La Prensa* o *La Nación*, apelo a los apellidos ilustres de sus dueños, hay un motivo. Se dice *La Prensa*, se dice *La Nación*. Entonces se piensa que esas palabras absolutas, grandilocuentes, institucionales, son lo que prometen. En cambio, al llamarlos por los apellidos de sus patrones, se desnuda la verdad: ni son la nación ni son la prensa. Sí los apellidos del poder oligárquico que alentarán el bombardeo y, más tarde, la persecución del santo pueblo de este país que nunca termina de ser nación ni de tener una prensa que lo represente.

A veces me pregunto qué hace una señorita como yo en un lugar como este, se preguntaba Lía al salir del diario. Y se lo preguntaba no tan en broma como parecía.

Y después, hacia mí:

Vos no tenés miedo de que te descubran, Gómez, me preguntaba. La verdad, decime. Acaso no somos cautelosos de un secreto.

Querés que te cuente de dónde vengo, se sinceró Lía otra tarde, a la salida del diario.

Si para algo pueden servir los mapas y los almanaques, es para explicar un sufrimiento. Vayamos a la Rusia zarista, a los pogroms. Remontémonos a la judería errante por los puertos europeos, buscando asilo. Por ahí vamos a encontrar a Abraham deambulando con Sara, embarazada, juntando primero unos pocos francos y libras esterlinas, estafados después por un tal Kaufman que reúne a sus paisanos para despacharlos a una tierra prometida. Sin una moneda, los padres de Lía no pensaban más que en abandonar Europa.

No tenemos tierra, lloraba Sara.

Nuestra tierra es el libro, le contestaba Abraham, refugiándose en la Torah.

El libro, se quejaba Sara. Dónde nos va a llevar este libro.

Y Abraham, convencido:

Estamos cerca, Sara. Y le preguntaba: Creés que Dios nos hubiera enviado una vida nueva si no estuviéramos cerca.

Sara callaba.

Tenemos que seguir buscando, Sara. Nuestra tierra.

Ahora el matrimonio estaba en Bremen. Al Kaufman ese, el estafador, lo detuvieron en Bremen mientras Sara daba a luz a un varón, Jacob. Las autoridades alemanas, después de una discusión en el Senado, se hicieron cargo de los inmigrantes sin destino. El tiempo pasaba. Abraham decidió que debían viajar otra vez. Sara estaba de nuevo embarazada. Por un tropiezo en el papeleo, una vez más se frustró el embarque.

Entre las penurias de la miseria, el noventa los encontró en Constantinopla. Y allí nació Salomón.

No tenemos dónde caer muertos, decía ahora Sara.

Salo es un enviado, le decía Abraham. Dios no nos habría enviado otro hijo si no estuviéramos cerca de la tierra.

Lo mismo dijiste antes.

Ahora es distinto, Sara. No estamos en Rusia.

El libro, suspiraba ella.

Si una certeza tenían era que no estaban dispuestos a volver a Rusia, me contaba Lía. Mis viejos no precisaban leer los novelones de los grandes rusos para saber de las humillaciones y ofensas del zarismo. En el 91 Abraham, Sara, Jacob y Salo estaban en Marsella. Por esa época, en Londres, el barón Mauricius von Hirsch había creado una comisión para proteger a los inmigrantes judíos, más tarde denominada Jewish Colonization Association. En Marsella mis viejos se embarcaron finalmente en el *Pampa*, contaba Lía. Pero ahora no eran sólo ellos cuatro. También viajaba yo, en el vientre de Sara. Y este embarazo era otro mensaje de Dios. Según mi viejo, cada embarazo anunciaba la proximidad de la tierra prometida. A mi viejo le hablaron de un Rosenthal que compraba y arrendaba hectáreas en Entre Ríos, donde más tarde sería Moisesville.

La tierra prometida, ironizaba Lía. Yo nací en la tierra prometida.

Una mujer, se quejaba Sara.

Va ser una buena madre, Sara, le decía Abraham. Como vos.

Si el libro lo dice, suspiraba Sara.

No lo dice el libro, le contestó Abraham. Se parece a vos.

Después de trabajar con el arado, exhausto, Abraham se sumía en el libro.

Si no araban ni sembraban ni plantaban árboles, los colonos perdían, además del adelanto hipotecario por la parcela, todos sus derechos. A los pobres desgraciados les importaba más el trigo y el maíz que sus hijos. También la alfalfa, fundamental para la ganadería. Engordar las vacas era más importante que alimentar a los hijos, Gómez. Si los hijos servían era para poblar.

La tierra prometida, se burlaba Lía. Mis viejos pensaban que acá los cristianos no perseguían a los judíos. Y mirá a dónde vinieron a parar. Vos viste tipos más racistas que los gauchos. Para los gauchos, que adoptan la ideología de los latifundistas conservadores, los gringos éramos un peligro. El gaucho es útil para el arreo y para el puesto. Le gustan la guitarra, la ginebra y el canto al paria. Pero andá a sacarlo del pago, que le es ajeno pero reivindica como propio. De un pueblo a otro se consideran enemistados por un acento. El gaucho es de a caballo. Y el gringo de a pie. El gaucho desprecia al gringo que cosecha. Y el gringo, al gaucho lo considera un árabe. Como si el conflicto fuera entre inmigrantes y nativos. En tanto, del enfrentamiento saca partido el terrateniente. Bastó que los hijos de la gringada, aunque no se hicieran estancieros, pudieran juntar los pesos para pagar las hipotecas, y el gauchaje duplicó su resentimiento. A ver si me voy a chupar el dedo tragándome la pastoril de mi paisano Gerchunoff, Gómez. Vos viste lo que escribe: que admira a los gauchos tanto como a los hebreos antiguos. Que los hebreos jóvenes quieren ser gauchos. Andá y fijate cómo se llevan la Torah y el *Santos Vega*, cómo conviven la sinagoga y la pulpería. Lo que los hebreos quieren es que sus hijos sean mañana doctores. Que no me jodan con la defensa de lo telúrico. Andá y fijate. Después me contás.

A Lía le disgustaba contar su infancia en Moisesville: Si querés te verseo con la fe, la mística, los cantos en el templo. Pero sería tan guacha como vos, que te querías convencer de la existencia de Dios porque cogías con ese curita.

Me había olvidado, dice el profesor, que a Lía le contaba todas mis intimidades. Pero mis intimidades no vienen al caso. Lía tenía una memoria impresionante y recordaba todas mis confesiones como yo las tuyas. Si bien Lía era capaz de describir sin escrúpulos, con una procacidad encantadora, sus peripecias amorosas, cuando se trataba de su pasado en el campo eludía el secreto preciosamente guardado que explicaba su huida de Moisesville.

Si lo que barruntás es una violación, la estás chingando. Nadie me violó, Gómez. Aunque, teniendo en cuenta que me desarrollé temprano y la primera regla la tuve a los doce, más de un criollo me junaba con intención. Pero yo siempre me las ingenié para sortear la peonada. Mi padre tenía un tordillo, que se llamaba Pampa, como el barco. A veces, cuando pastaba, yo le espiaba la verga. La hubieras visto, Gómez. Te helaba la sangre.

No hace falta que a una la violen para saber que prefiere las mujeres, reflexionaba Lía.

Don Abraham y Doña Sara, decía al nombrar con lástima a sus padres. Cuando decidí rajarme, mi madre estaba otra vez embarazada. Me escapé dejándoles una carta que debió leerle alguno de mis hermanos. Deben haberme puteado. No se les escapaba una hija. Se les piantaba una cría.

No te parece que sos un poco resentida, le decía yo.

Al menos tenía un padre para odiar, recapacita ahora el profesor. Yo ni siquiera eso.

Vuelvo a aquellos días. Mejor dicho, a las noches en que pasaba a buscar a Lía a la salida del diario. Nos extraviábamos por la ciudad deteniéndonos aquí y allá. No era deslumbramiento pajuerano lo que nos impulsaba a perdernos en las calles. Era voracidad. Una misma noche podíamos rumbear por Corrientes y no detenernos hasta los confines del cementerio de La Chacarita. De igual modo, se nos podía dar por el sur y sorprendernos en las estribaciones del Riachuelo en Puente de la Noria. No había paisaje tenebroso que nos amedrentara. Ni barrio elegante que nos rebajara con su imponencia. Sentíamos ebriedad y vértigo.

En esas noches, para perderse en la ciudad, hacía falta un cierto coraje. El invertido y la machorra husmeando en los arrabales. A Lía no la achicaba la peripecia del vagabundeo. Por el contrario, se excitaba como un chico. También, con esos pantalones de hombre que a veces usaba, podía pasar por un muchacho.

Vos quedate piola, Gómez. Ni vos sos Juan Dahlman ni yo una gila, me decía.

A Lía le encantaba usar una dicción maleva. Y se reía de Georgie:

Seguro que buena parte de ese cuento es real. Pero lo que oculta es que, si en la pulpería le tiraron unos carozos como provocación, Georgie, al contrario de Dahlman, se mandó un vase por el foro.

Era inocultable el desprecio que Lía cultivaba contra los tirifilos como Georgie, integrantes del cenáculo de Victoria.

Esa mujer, dice el profesor. Mujer de fortuna, mandona, caprichosa, inflamada de vanidad. Esa mujer tuvo

algunos méritos, según sus hagiógrafos. Fundó esa revista y esa editorial, núcleo de una buena cantidad de plumíferos vernáculos, parvenús los más.

Pensar que en la actualidad se reinvidica a esta consentida como a una sufragista ilustrada que no se amilanó ante ningún personaje importante de la cultura. Es cierto que a todos acosaba con su proyecto de consolidar una corriente de pensamiento chic. También que uno de los que le daba letra era un regordete atribulado, solemne y elegante, ensayando elucubraciones pseudofilosóficas sobre la Argentina visible e invisible, categorías de óptica, pero escasamente serias si se considera que procedían de una filosofía Lutz Ferrando y un espiritualismo Hereford. A esa ensayística de rotograbado dominical habría que marcarle las dioptrías de clase. Por ejemplo, que la Argentina visible es la de aquellos que asaltan el poder, aquellos que se le prenden como huérfanos a la teta, respaldando cuartelazos: clase media, argentinos hasta la muerte. Y la invisible está corporizada en la negación de los explotados, los sumergidos. Pero no venía por este lado el ensayo de aquel pelafustán de corbata.

A Victoria la deslumbraban estas pretensiones que, brutita, confundía con la filosofía. Una de sus virtudes, se comenta, era su don de arremeter con un propósito contra viento y marea. Así juntó adeptos, así sacó su revista, así fundó su editorial. No fue poco mérito, en esta aldea pacata, invertir la fortuna familiar en la divulgación de las vanguardias literarias europeas y norteamericanas. Para nada despreciable su esfuerzo por estar actualizada y difundir lo último en su *Vogue* cultural. Victoria es esa mujer que a un tiempo se prosterna ante el último consagrado de afuera y, con desdén, trata a su

corte de colaboradores igual que a palurdos. No es que ella disponga de una inteligencia aguda y un exquisito gusto intelectual. Su puntería no consiste tanto en una elección guiada por convicciones firmes en lo cultural como en la ostentación: el poder adquisitivo de la patroncita de estancia que, en sus viajes cosmopolitas, colecciona artistas como ropa. Si algo sabe bien Victoria es que cada hombre tiene su precio. Y ni hablar de los artistas. No es extraño que ella halagara a todos estos extranjeros, llegando a importar a unos cuantos. A qué europeo piola no le iba a gustar hacerse un poco de turismo en el fin del mundo. Tampoco es extraño que, a la hora de ocuparse literariamente de Victoria, ellos apenas le dedicaran unas frases amables, un agradecimiento de compromiso.

Lo que nosotros hacíamos, algunos lo llamaban *flânerie*.

Qué flan ni que ocho cuartos, se burlaba Lía. Somos el asalto balzaciano a la ciudad. Pobres criaturas del interior que escamotean su origen con la arrogancia de los resentidos.

Lía hablaba así, canyengue. Se había tragado todos los autores de Boedo, y aunque todos en la banda de Castelnuevo le parecían tan santurrones como los folletines del nazi Martínez Zuviría, alias Hugo Wast, gozaba empleando esa jerga inflamada por un tremendismo de tinte socialistoide.

Resentida serás vos, le dije una noche en que nos entonábamos con unas grapas en un almacén del Bajo Flores. A mí, debo confesarlo, me preocupaban menos los conflictos sociales.

Fijate de dónde venís, Gómez, me dijo. Cómo se llama ese pueblito de la costa donde naciste, me chuceaba.

La manera en que Lía pronunciaba el nombre de mi pueblo. Ese lugar que, cuando yo había huido a la Capital, no era siquiera un pueblo. Apenas un caserío. Volví a ver los caminos de tierra y arena, los acantilados. Volví a sentir el viento en una sudestada. Volví a oler el guiso de cordero recalentado que mi madre ponía en la cocina de kerosene cuando bajaba la persiana metálica de la tienda en una esquina en la que confluían el negocio, la pampa polvorienta y la nada.

Cuando Lía se ponía sarcástica, ese tono rante le enronquecía la voz, y sostenía el cigarrillo entre el pulgar y el dedo índice, como un guapo.

En esos boliches, a mí me atemorizaba tanto que Lía derivara en esta vertiente masculina como que me alentara a profundizar en la tentación. Porque lo que a mí me atraía de esos almacenes era otear los muchachitos fragantes de pasto y sudor con las alpargatas embostadas.

El profesor calla un instante, suspira triste.

Tal vez así se la comprenda mejor a Lía. Y se explique por qué viajaba en tren, antes que en colectivo o tranvía, para volver a su departamento de Floresta. El tren le daba una sensación de travesía:

A veces cierro los ojos y pienso que estoy en París, Gómez. Huyendo del nazismo, subiendo a un tren en la Gare de Austerlitz, cruzando los Pirineos, soñando con pasar cuanto antes la frontera.

Esa era Lía.

Vos, le decía yo, de lo que vas a tener que huir es del peronismo, nena, si se te da por conspirar además de ser escriba en un diario contrera. Quién te creés que sos, la

cargaba. Michèle Morgan en la *13 Rue Madeleine*. Si te pensás que conspirar es llevar una boina torcida, mirar misteriosa y ponerte un impermeable con las solapas alzadas, estás frita, querida.

A Lía no la inquietaba la policía. Pero a mí me alarmaba que fuera a esas reuniones de contreras. Parecía no darse cuenta de que no tenía un apellido bienudo como Victoria sino Goldman.

Vos sos moishé, Lía, le decía yo. Cuidate.

Pero ella era idealista y terca. O, mejor dicho, su idealismo consistía en esa terquedad para mojarle la oreja al peligro.

El profesor se levanta, va hacia la cocina y después de unos minutos vuelve al salón con una jarra de té frío. Enciende una lámpara y, con una lentitud deliberada, sirve el té en un vaso:

Se supone que esta es una infusión británica, dice con sorna. Y que un intelectual nacional y popular debería, por coherencia, tomar mate. No es el caso, reflexiona. A ver si por estar contra el colonialismo voy también a despreciar una infusión que es misionera.

Hasta entonces, hasta el 55, hasta el bombardeo, a mí la política me tenía sin cuidado. Enseñaba lengua en un secundario, daba clases de literatura inglesa en el profesorado y empezaba a trabajar en algunas traducciones. En el comienzo, libros técnicos, manuales de maquinarias. Aunque a veces, cuando se me daba, me ponía a traducir a Wilde. Una editorial me probó con Stevenson. El gusto que me daba traducir literatura inglesa. Ponerme en la cabeza del escritor, meditar la elección de cada palabra.